

gedia real; ni escenario de teatro como aquel escenario de París. La noche del diez de Agosto acudieron los parisienses á ver consumidas las Tullerías, amontonados los muertos, las carretas cargadas de cadáveres, mientras llegaban los espigadores del campo de batalla, en guisa de perros y de cuervos, á llevarse los últimos despojos allí dejados por vencedores y vencidos. ¿Cómo no habían de acudir al espectáculo que procuraba el trueque de los Reyes en reos? Semejante mudanza debía recordar las procesiones de liturgia monárquica en aquella caminata cubierta de insultos; las fiestas del pueblo, los arcos del triunfo, las cazoletas del incienso, los himnos del coro en la increíble carrera de ignominia que atravesaban los Reyes. Trabajo, y mucho, costó á la familia real abrirse paso entre las muchedumbres apiñadas á uno y otro lado de su camino por los corredores, camino sembrado de abrojos que se metían en los senos del alma. Las carrozas dispuestas para el traslado, carrozas fueron de corte por última vez; y por última vez llevaban librea de corte los cocheros y los lacayos adscritos á tal servicio, que fuera el servicio postrero. Rey, Reina duquesa de Angulema y Delfin se colocaron en la testera de un coche, á cuyo vidrio iban el alcalde primero y la infanta Isabel y la princesa Lamballe, mientras la institutriz, madame Tourzel, y su preciosa hija se sentaban en otro coche, á la testera, seguidas de Manuel y los funcionarios municipales, que iban al vidrio. Todo el mundo pudo notar que los empleados de la Comunidad no se quitaron los sombreros, ni ante las damas, como si adrede se propusieran afirmar aquella sentencia de los realistas, diciendo que se acaba la cortesía cuando se acaba la corte. Muy en lo cierto estaba el Rey al decir, cuando se partía del monasterio al Temple, que los consideraba el pueblo vencedor, no ya vencidos, muertos; pues los milicianos nacionales del cortejo tenían terciados sus fusiles á la funerala. Pero si los Reyes muertos estaban para los efectos civiles y políticos de la vida, llenos de salud y de robustez estaban para sentir y experimentar el insulto y el escarnio. Ni en el día de su traslado desde Versalles y desde Varennes á París, el pueblo se mostró tan airado con ellos, ni tan insultante. Parecía que acabaran de morir en el combate recentísimo todos los leales. Ni un gesto de compasión vieron en su larga carrera, ni un asomo de piedad notaron. Todos los labios vibraban blasfemias, y todos los puños se crispaban amenazadores, renovándose, por la grande agitación del concurso, las oleadas de gentes, pero sin llevarse ninguna de ellas ni el odio ni el insulto. Todo se volvía una befa continua.

Cuando tenéis que atravesar por unas llamas, las saltáis; aquellos hombres sin corazón, destinados á verse bien pronto, como veían ellos entonces á la familia real, reteniánla en aquel achicharradero, atizado por los odios políticos, para que se quemara la infeliz en carne viva. Llevados de su implacable crueldad, llevaron los Reyes por la plaza de Vendôme y en la plaza de Vendôme los detuvieron. Este sitio de la gran capital, cercano á Tullerías, acababa de ser adornado á la moda de Luis XIV y parecía por ende un patio de Versalles. La estatua del gran Rey campaba en su centro. Cuantas veces la familia real

pasara por allí en las fiestas de corte habituales debía ofrecer sus reverencias y sus homenajes al Rey-Sol, cuyo cetro parecía un rayo, cuyo pedestal parecía un altar, cuya plaza un templo, cuya efigie un dios. Pues le mostraron al Rey, sin género de justificación alguna, por mera inhumanidad, la estatua de su tatarabuelo en tierra, pedazos hecha, y sobre tales pedazos los grupos de la plebe puestos en pie diciendo á los cautivos: «Cual hollamos estos bronce, hollaremos vuestros huesos, pues no merecen suerte mejor los tiranos.» Pétion, apercibido, sin precaverlo y sin presentirlo él, apercibido por el movimiento lógico de los hechos á una suerte análoga con la horrible suerte del Rey, se gozó en agravar la pena horrorosa de éste, mostrándole aquel destrozo de un simulacro real subseguido por aquellas bárbaras profanaciones. Luis XVI respondió, que, mientras no diesen contra los vivos, había que dejarles dar contra los muertos. Pétion se mordió los labios; pero el niño, el Delfin, en la ingenuidad y el candor propios de su edad, exclamó: «Cuán malos, papá, esos hombres.» El Rey le respondió, mirando de hito en hito al señor alcalde: «No son malos ni perversos como tú crees y dices, á lo sumo son extraviados.» Dos horas duró este camino por los sitios que presenciaron el ingreso triunfal en París de tantos Reyes; sobre los cegados fosos, esclarecidos con mil combates sustentados á favor de la Monarquía por aquel mismo pueblo, contra la Monarquía irritadísimo; ante las puertas de San Dionisio y de San Martín parecidas á panoplias de colgar trofeos y á vestibulos de regios palacios; al fin y objeto de que todo aumentase la crueldad implacable de los verdugos y la pena indecible de los mártires. En cuanto las carrozas se paraban por alguna parte, no podían los guardias armados á la fuerza detener el tumulto que unas veces profería injurias, otras veces demandaba la muerte de los cautivos; ya despedía grupos sueltos que con los puños crispados y los labios cárdenos iban de ira borrachos hasta cerca de las reales personas, prontos á cogerlas y trucidarlas, repartiéndose sus miembros despedazados, antes de que llegasen al calabozo donde les preparaban aquellos energúmenos el enterramiento, en vida, de los cadáveres. Muchas veces tuvieron que sacar la cara por el Rey los comuneros encargados de su custodia y que defender la regia carroza los guardias nacionales valiéndose de culatazos y empujones; y no comprendían los triunfantes cuán poco iba en tal tremendo caso á durarles su triunfo. Los Reyes apuraron aquel novísimo tormento con arreglo á sus encontradas complexiones, rayando la conformidad de Luis XVI en el suicidio y la soberbia de Antonieta en el desdén. Las siete de aquella tarde daban en los siniestros relojes de la fortaleza y en sus cercanías, al apearse los Monarcas de sus carrozas parecidas á tronos ambulantes y hundirse como piedras lanzadas al Océano, en el insondable abismo, donde únicamente reina la perdurable igualdad, en el abismo de la muerte. Paraban las carrozas sobre los grandes sillares del patio; lucían los recintos de la torre con una iluminación espléndida, que se mezclaba gozosamente á los últimos reflejos del ocaso, pues los comuneros las habían ilumina-

nado para más atormentar á los Reyes, y éstos descendían, más airosos que humillados, confundiéndose sus figuras distinguidas, sobre todo, las figuras de aquellas mujeres tan hermosas con las figuras de sayones y espías y esbirros y calaboceros y ayudantes del verdugo en infernal contraste. Las puertas del Temple se cerraron tras los Reyes como caen las losas de los sepulcros sobre los muertos. Aun hubo, después de parecer agotadas todas las crueldades, un acto bien cruel. Componíase la fortaleza de palacios, de capillas, de casas, de población copiosa, que constituían casi una ciudad. Por consecuencia pudieron los cautivos ser alojados en salones ó alojados en calabozos. Al pronto los condujeron al Palacio, bien aderezado y compuesto, como residencia del conde de Artois, que lo habitaba cuando iba desde Versalles á residir algún tiempo en la capital. Y como el Palacio mil comodidades ofrecía y anchos espacios daba de suyo á una fácil instalación de los cautivos, Luis XVI, creyéndose instalado allí con los suyos, se puso á la obra de distribuir las habitaciones y señalar á cada cual de los encerrados aquel cuarto que más le convenía y le cuadraba. Fácil á toda impresión optimista, difícil para todo combate intenso, habíase ya conformado con la suerte adversa y parecíale un edén el Temple comparado con el Congreso, cuando le dicen que allí únicamente podía detenerse para cenar, pues la residencia definitiva suya y de los suyos no estaba en el Palacio, estaba por designación del Ayuntamiento en la fortaleza. La frente del Rey se inclinó sombría y triste de nuevo al peso de semejante desengaño, mientras Antonieta con soberbio desdén se sonreía, indicando al Rey quiénes eran sus vasallos, quiénes eran aquellos franceses que tanto él amaba y ella tanto aborrecía. Con efecto, concluida la cena, los calaboceros, sonando las siniestras llaves que parecían cadenas, condujeron los Reyes al castillo y los encerraron á una con toda su comitiva en los calabozos.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-TERCERO

La Comunidad revolucionaria y la guerra europea

o puede adivinarse hoy, á tan corta distancia en el tiempo, cuál profunda emoción despertaría por Europa entera noticia tan tremenda, como la que divulgaba un cambio en los sentimientos y en las ideas tan profundo, que los reyes, adorados antaño como fetiches por pueblos idólatras, pasaban ogaño (Agosto del 92) desde los pavimentos del viejo palacio de sus mayores á los pavimentos del negro calabozo de los criminales, entre los revueltos oleajes y los vertiginosos giros de un huracán, desatado por las cóleras de aquellos mismos que los creyeron un día sus dioses. La costumbre da sobrepuesta compleción á las sociedades y á los individuos, tan arraigada en ellos, como podían estarlo su índole nativa y su carácter fundamental. Desde la segunda mitad del siglo décimo-tercio hasta la primera mitad del siglo décimo-sexto, la Monarquía luchó con los caballeros feudales, para predominar sobre los hombres y adquirir la naturaleza de órgano supremo en el Estado, pugnando todo lo posible por conseguir para este organismo aquella superior unidad, contrastada siempre por los fraccionamientos del poder público en la Edad Media, cuyos siglos y cuyas generaciones erigían fuerte castillo sobre cada roca un poco eminente y sobre cada castillo, levantado á fuerza de armas, una soberanía política, militar, judicial, con todos sus atributos esenciales. Poder destinado en la mecánica social, fuerte como la suma de fuerzas que constituye la mecánica celeste, á libertar los humildes de sus inmediatos opresores, no podía menos que añadir á su autoridad intrínseca otra concedida por los pueblos con su gratitud natural á quienes los sirven y los prosperan. De modo que, aun